

EL ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Una lágrima á la memoria de mi madre*, (poesia), por don José Martin y Santiago.—*Preferencias de un padre*, (continuacion), por doña María Mendoza de Vives.—*Lo que se ve en casa de la señora Tussaud*, (continuacion), por Alejandro Dumas.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Explicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.

Con este número se reparte un figurin y el pliego quinto del tomo sexto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XXXVIII.

LA MARQUESA DE MONTEMAR AL MARQUÉS.

Castillo de Montemar, setiembre de 18...

He recibido tu carta: al pronto me causó ira: luego risa, y esto es, á mi juicio, lo que merece.

Mi pobre César, ¿sabes que es de muy mal gusto el hablarme en ese tono de tutor de comedia? ¿á qué viene recordarme el decoro de tu nombre y á tu noble madre? ¿á qué viene el decirme queme he casado contigo, solo para tener libertad completa? ¿acaso no he sido yo libre toda mi vida? pregunta á mi padre si una sola vez ha podido torcer mi voluntad: de seguro te dirá que no, y eso que su fuerza de carácter, comparada con la tuya, es la encina comparada con la caña.

En cuanto á lo que me dices del conde de Peñafiel, qué habria de extraño en que nos hubiésemos dado cita en estas soledades, segun tu dices? segun he sabido, y segun yo misma he observado, tu estás tambien enamorado ciegamente de la condesa, á cuyo amor te robé con mi

talento: ya ves cómo sé tomar las cosas con bastante filosofia: y que estoy dispuesta á respetar el decoro y sosiego de Clara, como el de la hija de los mejores amigos de tus padres.

¡Qué de repente te ha ocurrido, esposo mio, el tomar interés por esa mujer á la que hiciste la mas cruel de las afrentas rehusando su mano! poco te cuidabas antes de su reposo, y poco miraste por su decoro que hoy parece serte tan caro.

Nada me importa todo eso: soy marquesa, que es lo que deseaba: ¿á qué negarlo?

Iré pronto á Madrid: mi capricho romántico por la soledad pasó: todos los que han ido á expediciones veraniegas regresan ya, y yo quiero estar algun tiempo en reposo para abrir mis salones, y concurrir á las fiestas que tengan lugar en otros: estoy en cinta: sé que esta noticia te será enojosa, y que no te alegrarás de tener nuevos deberes que llenar, tu que miras los deberes casi con temor.

En cuanto á mí, tampoco me agrada que llegue tan pronto nuestro heredero: al venir aquí, ya hacia mucho tiempo que tenia yo sospechas acerca de su existencia, pero queria engañarme á mí misma.

Yo me arreglaré de modo que no me incomode gran cosa: le daremos á criar fuera, y así que empiece á ser crecido, á un colegio; á la salida, un ayo y á viajar.

Si es niña, seguiremos el mismo orden: esto

es lo que aconseja la prudencia y lo que ha hecho siempre la gente de buen tono.

Creo que este plan de vida no te disgustará á pues me mandas ir á abrir tu salón y permanecer á tu lado del que nunca debo separarme á lo menos hasta que llevemos seis años de matrimonio.

Otra vez he tenido ganas de reirme al ver que crees que pienso en las flores y en las auras! ya pasó mi época romántica: ahora ya no me agradan otras flores que las de brillantes, ni otras auras que la admiración que produce murmullos al entrar yo en un salón: no me juzgues buena, tierna y generosa, apasionada y sublime; nada de eso soy, César: nada de eso seré jamás á tu lado.

VALENTINA.

XXXIX.

MÉLIDA Á VALENTINA.

C... octubre de 18...

Adjunta á esta, hallarás la carta que escribiste á mi hermana, acusando á su marido de amarme: ella me la ha enviado á mí como una prueba de su cariño y confianza que Dios ha querido conservarme á pesar de tu perfidia, y yo te la devuelvo, porque ese indigno escrito solo debe estar en las manos que lo han forjado.

Guárdalo, y ¡ojalá siempre que lo veas penetrar en tu corazón el remordimiento!

Si lo rompes, para destruir ese testigo acusador de tus malos instintos, Dios quiera que destruyas estos con él, y tu alma quede purificada y abierta al arrepentimiento.

Yo, por mí, te perdono. Clara te perdona también: no me lo ha dicho: no se lo he preguntado: pero lo sé: en el alma grande y noble de mi hermana, no puede abrigarse el rencor.

¡Ojalá Dios te perdona igualmente, y el daño, que has intentado hacerle, no caiga sobre tí!

Valentina, á pesar de tu crueldad, aun te amo, y quisiera poder devolverte mi estimación: escucha los consejos de tu amiga: abandona esa rápida pendiente por la que te dejas arrastrar: rodéate de afectos, en vez de romper los que te envía la Providencia: los afectos son los lazos de flores que nos unen á la vida, y ninguna simpatía se debe despreciar ó tener en poco.

Y tu los destrozas del mismo modo que el vendabal troncha y deshace las frágiles cañas, que guarnecen las márgenes del arroyo! oh, po-

bre Valentina! qué será de tí, cuando te señalen en la sociedad, como un ser peligroso, como una mujer agresiva é imposible de tratar? qué harás si la envidia sigue devorando la sabia de tus buenos instintos, si la dejas enroscarse á tu corazón como una serpiente que al fin le devore?

Porque la envidia es la negra sombra que empañala vida desde la cuna, y lo que te vuelve dura y lo que te hace desgraciada! Pobre Valentina! permite á la que es aun tu amiga, á la que te ama á pesar de todo, que te compadezca!

No sé qué remedio darte para esa dolorosa y enconada llaga de tu alma! hay pocos, á mi parecer, y esos son á la par lentos, y duros de poner en práctica: piensa no en los que son mas felices que tu, sino en los que son mas desgraciados: no en los opulentos, [sino en los que no tienen pan que llevar á la boca: no en los que gozan, sino en los que sufren: de esta manera darás gracias á Dios por tu suerte, y te considerarás dichosa con ella sin envidiar ninguna otra.

¿Qué te falta á tí para que envidies á mi hermana? no eres hermosa como ella, mas rica que ella? no posees la posición que le arrebataste, y que es tan elevada como la tuya? qué posee ella que tu no tengas? ah! ya lo sé! posee la virtud, la moderación, la templanza, que nace del noble orgullo! posee las bellas prendas del alma: y en eso será siempre superior á tí.

Pero ¿por qué envidias lo que puedes imitar, adquirir y poseer? ¿acaso es tan grande empresa el ser buena y generosa? Valentina, mucho mas suave de practicar es la virtud que el vicio; mucho mas hermosa, y muchos ópimos frutos recoge.

Ya sabes que acerca de esto yo tengo mis ideas: creo que todos los estados de la vida se pueden ennoblecer, y por eso, conociendo que amaba á Juan Bautista, me casé con él.

Muchas veces me has dicho que crees en esto una muestra de desprecio á mi clase; pero te equivocas: no hay nadie que estime su cuna mas que yo: doy gracias á Dios de que haya sido noble, entre otras razones, por la de que así podrá presentarse un día ú otro mi marido en el gran mundo á que pertenezco.

Valentina, estoy enferma, y creo que de mucha gravedad. Voy á ser madre, y algunas veces me parece que mi vida se apagará como una luz débil al dársela á mi hijo: oye, pues,

los consejos de una amiga que cree columbrar la eternidad y que no se espanta de ella: procura moderar tus pasiones, para que, si te ves en este trance, tengas el alma tranquila y no angustiada por los remordimientos del mal que hayas hecho: para que, si eres madre, legues á tus hijos un caudal de simpatías y de bendiciones.

Consagra á hacer bien esa insaciable actividad de tu imaginación, que mal empleada es la que te ocasiona el hastío y las quimeras irrealizables: ocúpate en algo y permite que te repita lo que te escribía al poco tiempo de haberte casado: no se opone el ser gran señora y dama distinguida á ser mujer buena y laboriosa y estar constante y agradablemente ocupada.

Y luego ¿qué fortuna hay que baste al continuo descuido de los intereses, á la indiferencia con que tú dejas tu casa por un vano capricho, por una culpable curiosidad? ¿no temes que tu marido se arrepienta un día de haberse casado contigo, y te lo diga? ¿no temes que surjan en tu matrimonio desavenencias, cuestiones amargas, disgustos sin remedio? ¿no temes que tu esposo y su madre te acusen de la ruina de su casa por tus gastos locos y tu indolencia?

¿Qué triste cosa debe ser el verse acusada por la persona á quien mas se desea complacer! ¿qué amargas deben ser sus reconvenciones, y cómo debe acusar la conciencia cuando las hemos merecido!

Una mujer puede ser la alegría de su casa, ó puede causar la infelicidad de cuantos la rodean: elige lo primero, Valentina, y no lo segundo: ¿á qué hacerse aborrecer cuando una puede ser amada? ¿por qué prepararse pesares para el porvenir cuando puedes tejerte con tus virtudes una bella corona de inmarcesibles flores?

Adios, Valentina: no sé cuando volveré á escribirte, ni si volveré á hacerlo jamás: la muerte puede helar mi mano: tus locuras pueden colocarte tan lejos de mí, que no podamos alcanzarnos: pero tu enmienda y tu cordura pueden también devolverte todos tus derechos á mi amistad: si Dios no me llama á otra vida mejor, yo seré feliz entonces abriéndote de nuevo mis brazos y diciéndote que es siempre tuyo el corazón y el cariño de

MÉLIDA.

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

UNA LAGRIMA

a la memoria de mi madre.

Alma del alma, de mi amor la estrella,
madre querida;
hoy, que te lloro, por tenerte al lado,
diera mi vida.

¿Qué espero ¡ay, triste! del protervo mundo,
madre y señora,
si honda la pena, porque te he perdido,
ya me devora?

Fiera la parca te robó á mi afecto;
¡oruda desdicha!
Seca la fuente del filial cariño,
huye la dicha.

Tristes mis ojos verterán á mares
llanto amoroso:
nadie en la tierra secará ese llanto,
dulce y copioso.

Nadie á tu cuello me verá enlazado
lleno de amores:
muerta del alma la esperanza tengo,
mústias sus flores.

Madre querida que en mi pecho vives,
goza del cielo,
mientras el hijo, sin amparo y solo,
llora en el suelo.

Y hasta que llegue de dejar la tierra
dulce el momento,
siempre tu imagen llevaré en el alma
dándome aliento.

Ya que la cárcel do gimiera triste,
rompa anhelante,
tú ¡madre mia! de su Dios al trono
llévala amante.

José Martín y Santiago.

PREFERENCIAS DE UN PADRE.

(Continuación).

VII.

¿A quién aguarla Margarita sentada, triste
y llorosa, como cinco años antes, en las últimas
gradas de la angosta escalera que conduce á su
pobre hogar? ¿Por qué siendo la mas amorosa
de las hijas no se encuentra junto al lecho de
dolor en que yace su padre, y á cuya cabecera

suspira una pobre anciana, encanecida por las penas y cuasi cegada por el llanto?

Tres dias han pasado desde el suceso de Jaime, y en todo ese tiempo la triste jóven ha sostenido una lucha terrible. Mauricio va á venir para tratar de la boda, y el amor y el deber levantan á la par su grito poderoso en aquella alma sensible y enamorada. En los momentos de indecision pensó Margarita aconsejarse del honrado sacerdote, pero desistiendo de esa idea, tomó por guía á los instintos de su corazon y las inspiraciones de su juicio.

Por eso al acercarse la hora de la anunciada visita se ha colocado en aquel sitio, estremeciéndose al mas pequeño rumor. De pronto la jóven presta el oido, enjuga sus lágrimas, serena su rostro y espera. Pasos lejanos se oyen; no le queda duda, son los de un hombre que sube la escalera; entonces se levanta y haciendo un esfuerzo sobre sí misma, baja algunos escalones.

Un mancebo, de varonil y simpática figura, asoma por los últimos tramos y se detiene en la meseta á donde le sale al encuentro Margarita.

—¿Mauricio, y tu padre? le dice esta con emocion.

—Se ha encontrado en la puerta con un amigo; además, subirá despacio, que los padres, cuando se trata de casar á los hijos, no tienen tanta prisa como ellos, replicó el jóven radiante de felicidad.

—No sé cómo decírtelo, murmuró Margarita con voz apagada, pero que no suba... una horrible desgracia ha caído sobre nosotros y no puedo... no debo engañarte.

—¡Una horrible desgracia! habla por Dios.

—Jaime se ha alistado en los voluntarios que van al Africa, y para no presenciar nuestras quejas y lágrimas nos ha dado hoy el último adios.

—¡Soldado Jaime, despues de tantos sacrificios para que no lo fuese! Pero ¿qué tiene esto que ver con nuestra boda?

—Que á mi padre le ha postrado una parálisis, tanto mas horrible cuanto ha sido repentina; que mi madre está cuasi ciega; que tú dependes de los tuyos, que me admitirán en su familia, que cual hija me tendrán en su casa donde no careceré de nada, mientras los que me dieron el sér quedarán sin amparo, él sufriendo sus dolores en el lecho de un hospital; ella sosteniendo su vida con la mísera limosna del transeunte.

—El dia que yo mande estarán en mi casa.

—Y entre tanto, Mauricio, ¿quién guiará los pasos de la ciega, quién asistirá al enfermo?

—Dios ha dicho: «la mujer dejará á su padre y á su madre y seguirá á su esposo.»

—Dios me coloca entre el hombre que habia de serlo y aquellos que me dieron la vida: tu cariño es la gloria de mi corazon, la ilusion de mi felicidad, una aspiracion mia, que ha nacido con mi juventud y que morirá conmigo: mientras el que debo á mis padres es un deber sagrado, impuesto desde que nací por Dios y la naturaleza: á ser ya tu esposa, cerraria los ojos y te seguiria al fin del mundo; pero no siéndolo, entre el sueño de mi felicidad y una obligacion tan preciosa, tú mismo, Mauricio, no vacilarias un instante.

—¿Es decir que no te casas?

—Ya has oido las razones que tengo para ello.

—¿Con que despues de tanto me plantas así?

—Mauricio, por Dios, tú no comprendes....

—Demasiado que comprendo; mientras mas amarga la píldora mejor se dora.

—Hola, jóvenes, ¿estais ahí? dijo un hombre de cabellos blancos, asomando por la escalera.

—Padre, no subais, exclamó Mauricio, Margarita ha cambiado de parecer.

—¡Qué dices! exclamó el anciano retrocediendo.

—Que no se casa ya, que... me deja...

—¿Te deja? ¡Oh! pues yo le aseguro... gritó el padre colérico.

—Padre, por Dios, murmuró el jóven bajando unas cuantas gradas.

—Sí, sí, vámonos, gritó aun mas fuerte el anciano cogiendo por el brazo al jóven que estaba á punto de caer; sí, vámonos y no te apures, que á rey muerto, rey puesto.

Margarita quedó en el mismo sitio hasta extinguirse del todo el rumor de los pasos; luego apoyándose en la pared, pues no podia sostenerse, entró en su casa donde cayó desvanecida.

Este heróico sacrificio, oscuro y doloroso como su existencia, no fué conocido sino de Dios, que todo lo vé, y del sacerdote, única persona á quien confiaba la triste sus amarguras. Mauricio, bueno y honrado, pero de sentimientos vulgares, no supo ver en él otra cosa que una repulsa nacida de falta de cariño, ó veleidad femenina. Aquella sublime abnegacion, que á



poseer el mancebo un alma delicada hubiera elevado su amor hasta la idolatría, haciéndole esperar la vida entera, despertó tan grande resentimiento, que impulsado por él, se casó á los dos meses. Margarita lo supo, y aunque con las lágrimas en los ojos y el dolor en el alma, hizo votos por su felicidad. La pobre niña era muy desgraciada: su madre había cegado completamente, y el padre no había vuelto á levantarse del lecho á donde le postró el abandono de Jaime. Este, sin la gloria de sus compañeros, pues no le fué dado pisar las arenas de Tetuan y Vadrás, sucumbió del cólera al llegar al Africa, como si Dios, en castigo de su ingratitud, le negase hasta la honrosa tumba que á los otros destinaba.

Solo Margarita quedó junto á sus padres, siendo su trabajo el único manantial que habia de proveer á las necesidades de todos.

Un día, apenas acababa de levantarse, llamaron á su puerta, y un hombre con trazas de demandadero le entregó un papel. Al recorrerlo con la vista, se puso pálida, volvió adentro, cogió su pañolón y dando una excusa á su madre salió para seguir al hombre que la aguardaba en la puerta.

Después de atravesar muchas calles y entrar en un vasto edificio, detúvose el hombre ante las enfermerías de un hospital, diciendo á la jóven:

—Aquí, y en el número tres.

—Margarita pasó el umbral de aquella tristísima crujía, y descubrió el guarismo que coronaba el lecho de una agonizante. Un grito desgarrador escapóse de su seno y corriendo hácia la moribunda cayó sobre la cama, repitiendo:— ¡Inés, Inés!

Inés volvió hácia su hermana su hermosísimo rostro, cubierto ya con mortales sombras, é indicándole que se sentara á su cabecera, estrechóle las manos y le hizo mil preguntas á las que Margarita contestó entre sollozos.

—Vamos, serénate y óyeme, dijo Inés.

—¡Oh! ¿quién te ha traído aquí?

—La vanidad y el orgullo, los dos Satanes de nuestros días. El orgullo, que me hacia juzgar de las acciones de mi padre, como si los hijos tuviesen derecho para tanto, despertó celos en el corazón de la hermana y disgustó á la obrera de su trabajo, como si este no fuera honrado por el mundo y bendecido por Dios.

(Se continuará).

Maria Mendoza de Vives.

LO QUE SE VÉ EN CASA DE LA SRA. TUSSAUD,

POR

ALEJANDRO DUMAS.

(Continuacion.)

El museo de la señora Tussaud no es solamente el museo de los hombres, es tambien el museo de las cosas. Esta señora ha comprado el carruaje de Napoleon despues de Waterloo, la camisa de Enrique IV, despues de la revolucion de 1830: ha comprado hasta la guillotina de Luis XVI.

El museo está dividido en dos partes, ó como si dijéramos, en dos museos, uno de los cuales puede verse mediante dos *schellings* y los dos mediante cuatro.

A este último se le llama insidiosamente, *museo de los horrores*, cuyo título pica vivamente la curiosidad de los que han entrado una vez, á quienes se tiene buen cuidado de decir que por dos *schellings* no verán mas que cosas agradables, como por ejemplo Wellington en su cama de gala, Tom-Pouce en traje de general, Enrique VIII y sus seis mujeres, etc.

Es casi seguro que una vez pagados los dos primeros *schellings*, nadie se satisface con lo agradable y suelta otros dos para ver los horrores.

La misma razon que ha tenido la señora Tussaud para colocar á lord Wellington en su cama de gala entre las cosas agradables, ha tenido para poner á Napoleon en la suya de campaña entre los horrores. ¿Si envolverá tal colocacion un epigrama histórico?

Inútil será decir que sacrificué cuatro *schellings*.

Tenia muchos deseos de ver una guillotina en reposo, en estado inofensivo. He conducido, en mis libros, tantas víctimas al cadalso, que creia una obligacion el conocer la formacion de un monumento semejante y sus mas insignificantes pormenores.

Fuí, pues, arrastrado, á pesar mio, hácia la guillotina de la señora Tussaud, ó mejor, hácia la guillotina del señor Sanson, segun pude leer en un cartelito colgado en la pared, y os aseguro, lectores míos, que es una ingeniosísima máquina de que el ciudadano Guillotin tenia derecho de enorgullecerse.

La del museo Tussaud no deja nada que desear, es completa, la canasta espera á la dere-

cha, la báscula está baja, el machete levantado: solo falta el reo.

VI.

No hace mucho tiempo que esta guillotina, tan bien preparada, tentó á un parisien que quiso probar como se estaba sobre la báscula y con el cuello sujeto en disposicion de ser cortado, y nuestro hombre empujó hácia arriba la parte móvil de la terrible máquina, acostóse sobre la báscula, puso la cabeza en el sitio marcado, y hecho esto dejó caer la parte superior, quedándose sujeto en la misma forma que si le hubiera colocado el mismo verdugo.

Creyó que cuando quisiera salir, no tenia mas que deshacer lo hecho y asunto concluido; pero el parisien estaba en un error.

Una vez puesta la cabeza en aquel sitio, debe quedar allí hasta que caiga el tajo: la guillotina es cosa muy seria.

Sostiene fija la parte alta un disimulado resorte, conocido solamente del ejecutor, y aunque el condenado tenga las manos sueltas, no puede hacerlo jugar. Todo está previsto.

Así que estuvo cinco minutos sobre la báscula, teniendo bajo sus ojos el fondo de la canasta cubierto de salvado, nuestro parisien probó á levantar el hierro que le sujetaba el cuello por arriba para retirar la cabeza, continuar su visita y volver á su hotel. Ya se figuraba estar viendo el efecto que produciria en Francia cuando refiriera que había puesto su cabeza en el mismo sitio en que la tuvo el nieto de san Luis; pero había contado sin la huéspeda, y cuando probó á levantar la cabeza, se encontró con que la parte alta de la máquina no cedia.

Había visto antes un resorte y lo buscó; pero se le ocurrió en el mismo momento una idea que le estremeció y le produjo una gota de sudor en cada cabello de la cabeza: podía equivocarse el resorte y tocar el que servia para hacer caer la cuchilla, en cuyo caso se habria el mismo decapitado sin tener maldita la gana de suicidarse y sin poder contar en este mundo que había ensayado la guillotina de Luis XVI.

Temiendo, pues, equivocarse, creyó lo mejor llamar: llamó y nadie venia: dió voces, y los curiosos que las oyeron se acercaron.

—¿Qué diablos hace ese hombre? preguntó un inglés.

—¡Oh! ¡señores, señores! respondió otro, casi saltando de gozo, esta buena señora Tussaud no

sabe qué inventar para dar gusto al público: ha creído que la guillotina sin reo no tenia interés alguno y ha buscado un hermoso jóven para que haga el papel de criminal; mas aun, como no se guillotina en Inglaterra, ha llevado la verdad histórica hasta alquilar un francés para representar el condenado.

—¡Socorro, socorro! gritaba mientras tanto el parisien.

—¡Bravo! ¡Muy bien! jóven, respondia el inglés; representais vuestro papel á las mil maravillas. ¡Bravo!

—¡Pero señor, decia el parisien; es que no finjo... es una desgracia!...

—Oh, bravísimo, bravísimo, continuaba el inglés cada vez mas entusiasmado... ¡continúa! ¡continúa!

—¿Qué dice? ¿qué dice? preguntaba la multitud que había acudido á los gritos.

—¡Oh! ¡nada, nada! es una leccion que repite; ¡pero muy bien, muy bien!

—¡Señores! ¡señores! ¡por Dios! exclamaba el parisien con voz angustiosa... ¡señores! sacadme de aquí; pero cuidado con equivocarse de resorte... olvidad que sois ingleses y yo francés... todos los hombres somos hermanos... ¡por Dios! ¡socorro!

El primer inglés que le vió había explicado mientras tanto á la muchedumbre lo que él había comprendido, y á los lamentos del pobre parisien contestaban todos con bravos y aplausos y carcajadas.

Tanto ruido hicieron que llegó un empleado de la casa.

El cautivo entonces hizo comprender al dependiente su situacion respecto á las gentes que le estaban mirando, y el empleado comenzó á explicar lo que había pasado á los concurrentes que no querian permitir de ninguna manera que se diese libertad al paciente, que, por su parte, gritaba cuanto podia pidiendo socorro.

—Señor mio, le dijo el empleado, un poco de paciencia, solo un instante, porque uno de los parroquianos ha ido á buscar á su mujer y os suplico que permanezcáis ahí hasta que su señora os vea. ¿Qué importan algunos segundos mas ó menos?

—Es que yo no he venido á divertir á vuestro público; he venido porque he pagado... y no quiero estar aquí ni un solo instante mas...

—Paciencia, señor... un minuto... un segundo de paciencia.

—¡Ah!... ¡uf!... ¡me ahogo!... ¡Oh!...

—¿Dónde, dónde está? preguntaba una mujer sin aliento, haciéndose paso, con su gordo espeso, por entre la gente.

—Miradle allí, contestó el marido.

—Me habías dicho que daba voces, ¿por qué está callado? ¡Que grite, que grite! yo quiero que grite para mí como para los demás.

—¿Ois, caballero? dijo el empleado traduciendo el deseo de su compatriota: la señora desea que deis voces.

El paciente no contestaba.

—Sois francés, caballero, lo que quiere decir que sois bastante galante con las señoras: dad dos ó tres gritos y salimos del paso.

(Se continuará.)

(Traducción.)

Jerónimo Lafuente.

REVISTA DE LA SEMANA.

El Príncipe. — El Circo. — Variedades y Novedades. — Comentarios. — Un almanaque. — Auroras, libro nuevo.

Llegó, por fin, la suspirada hora de poder contar algo en mis revistas. Cesó el grave apuro en que yo solía encontrarme cada ocho días al tener que referir algo de nuevo á mis lectoras siempre bondadosas.

Todos los teatros de Madrid están ya abiertos. El arte dramático ha vuelto del viage que parecía haber emprendido. Desde la plazuela del Rey hasta la calle de la Magdalena, y desde la calle del Príncipe hasta la plaza de la Cebada, los críticos y los revisteros tienen ancho campo á sus deseos y pueden decir cuanto se les antoje con permiso del sentido comun y de los empresarios irascibles.

Principiemos por lo mas importante.

Inaugurada la temporada cómica en el teatro del Príncipe con *El alcalde de Zalamea*, el público pudo apreciar todo lo grande y arriesgada que era la empresa acometida por la de aquel coliseo al ponerse, digámoslo así, frente á frente del público mismo.

Nuestras esperanzas no quedaron defraudadas: una compañía dramática en la cual figuran Romea y Valero, Teodora y la Josefa Palma, Zamora y Cándida Dardalla, Morales y Pepita Hijosa, Mariano Fernandez y Pizarroso y otros

y otros y otras y otras no menos notables por su talento artístico y por los méritos adquiridos en largos años de honrosísimo trabajo, bien merece ser recibida por el público con las señaladas muestras de deferencia con que fué recibida.

La refundición de la obra estaba hecha con singular maestría. La ejecución fué admirable.

Pasemos al Circo.

Se abrió con *El desden con el desden*, obra maestra de nuestro teatro antiguo. El teatro estaba lleno, y la ejecución fué regular. Es todo cuanto puedo decir á Vds.

El teatro de Novedades, aquel infortunado teatro, templo del arte si Vds. se empeñan, y centro de reunión de los baratilleros y comerciantes en todos géneros de la plaza de la Cebada, también ha echado su cuarto á espadas, inaugurando sus tareas con un drama que parece ser del marqués de Molins y que se titula *Doña María de Molina*.

La concurrencia era escasa, la compañía, si no escasa, cuando menos flojita, y si á esto se agrega que la distancia y la lluvia tienen retraído al público de Madrid para ir hasta dicho teatro, ayúdeme Vd. á sentir, como decia el otro, y hágame el favor de decirme si el porvenir es nuestro. Réstame hablar del teatro de la calle de la Magdalena.

Carolina Civilli, una gran artista italiana, representa allí comedias en español, con varios artistas españoles, que parecen actores italianos. Con esto y con decir que el público no acude al llamamiento, creo haber dicho bastante por ahora.

Reasumamos.

Cuatro teatros, cuatro compañías, (ó lo que es lo mismo, medio batallón) cuatro templos del arte, y cuatro sitios de reunión para los aficionados á lo bello.

Este es el problema.

¿Y la solución?

La solución es la siguiente:

Tres despachos continuamente abiertos y un despacho continuamente cerrado.

O lo que es lo mismo, tres empresas que gritan ¡vengan ustedes aquí! y una que dice sonriendo: *no hay billetes*.

Espereemos á que haya estrenos y veremos, como dijo el ciego.

Mis lectoras deben ir á los teatros, para adornar con su presencia los triunfos del arte. Yo sé de alguna que va solamente por dar gusto á algun autor, ó á algun revistero.



Comienzan á anunciarse los almanques para 1865, y me creo en el deber de recomendar eficazmente uno que de seguro ha de agradar á mis lectoras.

Es un almanaque que aparecerá muy pronto; que contendrá un sin fin de artículos, poesías, recetas, modas, curiosidades y otras muchas cosas, y que lleva un título muy bonito.

¿Lo dudan ustedes?

Pues sepan que ha de llamarse: *Almanaque del Angel del Hogar*.

No comprarlo, seria dar pruebas de no querer á los justos.

Y digo esto, porque en el almanaque ese ha de haber mas de trescientos sesenta y cinco santos, á la disposicion de ustedes.

Y ya que de libros se trata, no quiero terminar mi revista sin hacer mencion de uno que ha llegado no sé cómo á mis manos, que lo han publicado los Sres. San Martín y Jubera, editores, y que se titula *Auroras*.

Es una bonita coleccion de poesías que merece la pena de que uno la lea.

Sirva la siguiente para final de estos renglones:

Si yo fuera un monarca, hermosa mia,
El trono, el cetro, mi nacion amada,
Mis buques, reyes de la mar bravía,
Mi corona y tesoros te daría
Por un rayo de amor de tu mirada.

Si fuese Dios, el aire y tierra entera,
El ancho cielo que mi gloria invoca,
El insondable caos te ofreciera,
Y esos mundos que ruedan en la esfera
Por un ardiente beso de tu boca.

Estos versos son una traduccion de Victor Hugo.

Eusebio Blasco.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURIN.

Trajes de otoño.

Fig. 1.^a Vestido de glasé verde de dos faldas: cada una de estas, está adornada en la parte inferior por dos entredoses de guipure antiguo, colocada cada una de ellas sobre una cinta de gros blanco de la misma anchura: la segunda falda está ligeramente fruncida en la costura de cada paño, colocando sobre cada fruncido una tira de encajes con transparente

de gros blanco, que disminuye de anchura en la parte superior.

Cuerpo interior de muselina blanca.

Paletot-Basquine de la misma tela que el vestido, con manga ajustada, y adornado del mismo modo.

Cuello y puños lisos.

Sombrero de paja inglesa, de forma imperio, adornado de ramas de rosas, y forrado en el interior con tafetan rosa: detras, lazo de encaje negro que descende en largas bandas flotantes; bridas de cinta de glasé rosa.

Guantes de piel de Suecia.

Hé aquí, lectoras mías, un gracioso y elegante traje para señora jóven, y que será igualmente útil para visita y paseo por su acertado color y el buen gusto de su adorno.

Fig. 2.^a *Traje de casa*: falda de linós (tejido ligero de lana) gris con dibujo de mil rayas, negro: en la costura de cada paño hay una abertura, que se rellena con tafetan color de violeta; el borde de la falda está recortado en ondas agudas, y lo mismo los bordes de las aberturas; estas ondas están orilladas con un bies de tafetan violeta: los huecos de las aberturas están adornados por varias filas de cinta violeta con madroños.

Cuerpo alto con aldetas de tafetan violeta guarnecidas con cinta de madroños: el cuerpo está cerrado por delante con botones de seda.

Mangas ajustadas guarnecidas en la costura del codo por una fila de madroños.

Casaquilla figaro de linós, con mangas muy cortas: el borde de estas y los de la casaquilla están cortados á ondas, y estas orilladas con un bies de tafetan violeta.

Cuello y mangas interiores de tela lisa, adornada con un volantito encañonado.

Peinado griego, adornado de trencillas de plata.

Lo mismo que el anterior, este traje es propio para señora jóven, y de muy buen gusto para recibir de confianza, ya de día, ya para las primeras horas de la noche: lo oscuro de los colores que entran en su confeccion le hacen útil, hasta bastante avanzada la estacion, y le dan un matiz agradable y muy en armonia con los melancólicos dias del otoño, en los que la naturaleza misma, viste á los campos de tintes sombríos.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINÚES DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.



LA FRANCE ÉLÉGANTE

Journal de Modes

Chapeau de Mad. Bonhomme Gauche. 3. r. de l'Échelle. Robes de Mad. Castel. rue S.^{te} Anne.
 Fleurs de Constantin. r. d'Antin. Bijoux imités, à l'ombre du vrai. 32 Vivienne. Mouchoirs de Chapron. r. de la Paix. 11
 Foulards de la Colonie des Indes. 18. rue de la Vierge. Parfums et Savons de la rue de la Vierge. 10. Violon. fourn.^r de l'Impératrice.
 Machines à coudre de Mactougen. Boulevard Sebastopol. 20.

On s'abonne à la Société des Journaux de Modes réunis à Paris rue S.^{te} Anne 54